

al raciocinio la observación, la historia y la sustitución de las cosas semejantes. Como acontece á los que están animados por el espíritu de partido, no buscaban de buena fe la verdad á que hubiera podido conducirlos la experiencia; sino que sostenían extraños pensamientos é introducían en la ciencia de curar el sofisma y el empirismo, aunque luego en la práctica combinaban á menudo los métodos curativos, resultado que corrige frecuentemente la desastrosa disidencia de opiniones.

Otros filósofos consideraban entretanto bajo diverso aspecto las maravillas de la economía animal, como Zenon, que pretendía encontrar en ella las relaciones entre la naturaleza del hombre y la del universo (1).

Música. Las fiestas que alegraban la corte de los Tolomeos, contribuyeron también al cultivo de la música, que no era ya sin embargo la libre expansión del sentimiento del hombre inspirado por el amor á la patria ó por los sentimientos religiosos, tal como entusiasmaba en las colinas de Sion ó en las solemnidades de Olimpia, sino un arte y una combinación de números y de armonías. En vano escribió Aristóxenes de Tarento cuatrocientos cincuenta y tres libros de música: esta no tenía ya nada de inspirada ni de inspiradora, y solo andaba á caza de dificultades y de una fría superfluidad, especialmente desde que se mezclaron con ella las modulaciones asiáticas, desnudas de sencillez y de vigor. Un gobernador de Babilonia no cenaba jamás sin que cantasen y tocasen para divertirlo ciento cincuenta mujeres (2). En Damasco fueron hechas prisioneras trescientas veintinueve cantoras y concubinas de Darío (3) las cuales aspiraban á agradar más con sus gracias que con la habilidad artística. Anteriormente no se concebía la música separada del canto y de la mímica; pero á la sazón quedó roto aquel acuerdo, por cuyo medio había adquirido tan grande predominio. Buscóse, para cantar el Pean á los reyes deificados, una música ruidosa, en que la instrumentación y los acompañamientos complicados dominaban la voz: hasta se separó la música instrumental de la vocal, y Aristónico de Argos fué el primero que tocó la cítara sin unir á ella el canto. Formáronse en la corte egipcia hábiles fabricantes de instrumentos; adoptó la moda el *trigonon* frigio, que conocieron después los Romanos en Alejandría bajo el reinado de Evergétes; y Ctesibo de Panfila inventó el órgano acuático.

Conservábase la primitiva severidad del número dórico solo en el Peloponeso; y la Arcadia repetía los himnos y los elogios antiguos. Habiéndose formado la civilización griega con el influjo de la poesía, de la música y de la mitología, imagínese cuánto debió decaer cuando el canto y la pantomina dejaron de ejercer impe-

(1) CICERON, *De finibus*, III, 12.
(2) ATENEO, XII, 40.
(3) *Id.*, XIII, 87.

rio sobre la muchedumbre. La mitología se reducía á discusiones y alegorías, la poesía á epigramas, aunque bellísimos, y al Júpiter de Fídias había reemplazado una admirable maestría en hacer vasos, cortar piedras duras y otras alhajas, dirigidas con gusto, pero que no llevaban otro objeto más que el deleite y el fausto privados.

Nos hemos detenido en el exámen de las ciencias de esta época, porque son deadoras de tantos progresos á los Lágidas como á los mismos Atenenses, y porque el estado de la civilización mientras ellos dominaron señala el punto extremo á que llegaron los antiguos, no habiendo añadido los Romanos sino muy poco ó nada. Pero, brotando de nuevo en el mismo Egipto las instituciones sacerdotales, con detrimento del libre desarrollo de la inteligencia, dieron al museo, á la biblioteca, á las escuelas, cierto aspecto de colegio, cierto tinte misterioso; y llegando á mezclarse la propensión natural de los Egipcios á lo maravilloso con las ciencias, las apartó de la senda del acierto.

CAPÍTULO XIX

Filosofía.

No se aguarde ver figurar en la filosofía de esta época nombres como los de Sócrates, Platon y Aristóteles. Hermoso ministerio, sin duda, si en medio de las generaciones que se doblegaban bajo los golpes de la fuerza, ó que lamian sórdidamente los pies de los tiranos deificados, esa filosofía se hubiera encargado de reanimar en el hombre el sentimiento de su propia dignidad, y de hacerle recobrar su noble actitud, señalándole el cielo como punto adonde debe dirigir sus miradas. Pero desalentada y sin fe la noble ciudadana á quien el hijo de Sofroniseo había llamado de las alturas á la tierra, se prestaba á ser cómplice de la vileza de los súbditos, de la tiranía de los reyes y de la corrupción de todos.

Hemos visto á los filósofos tratando de sofocar en Alejandro los remordimientos que le causaban sus primeras iniquidades, y trasformarse luego en cortesanos y sátropas para ejecutar ó prevenir sus deseos y mandos, fuesen ó no justos. Aquellos que, asalariados por los Lágidas, vivían en el Museo, ó como decía Timon, estaban encerrados en una inmensa jaula (1), ¿qué otra cosa podían hacer sino empeñarse en disputas acerca de investigaciones inútiles y que no comprometiesen el receloso sosiego del amor que los alimentaba? No tenían mejor ocupación los que andaban diseminados en Siria; y Anfíoco reconvenía á su ministro Fánias porque toleraba á aquella chusma corruptora de la juventud, en vez de buscar á sus discípulos y hacerlos azotar en las columnas (2). En aquel palacio la cortesana Danae no solo practicaba, sino además enseñaba dogmas epicúreos; y con-

(1) EN ATENEO, I, 41.
(2) *Id.*, XII, 68.

denada por Laodicea á ser despeñada desde lo alto de una roca, marchó intrépidamente al suplicio, diciendo: *Ahora me convenzo cada vez más de que no hay dioses, pues que muero por haber salvado al que fué para mí un esposo, y Laodicea, que ha asesinado al suyo, triunfa* (1).

Mientras Evemero de Mesenia, Diógenes de Frigia, Hipon, Diágoras, Sosia y los epicúreos negaban en las escuelas la existencia de los dioses, desalentado el pueblo con los desastres que había experimentado en el curso de aquel siglo, ó degradado bajo la mano del poder, licencioso y adulador cantaba el Pean á Demetrio y á los Tolomeos.

No podía tener atractivo ya Platon, que eleva los ánimos á la región de las ideas, y los invita á los goces de la contemplación; aventábase mejor con aquel siglo corrompido Aristóteles, que atrayendo la atención á los cuerpos y á la morada del hombre, no turba sus regocijos con severos dogmas. Así hemos visto á sus discípulos sutiles en la observación material, é ineptos en la moral: Teofrasto describe bien las plantas, pero es superficial en la pintura de los caracteres.

La experiencia, adoptada en aquel siglo como única pauta, fué también una causa de decadencia para la escuela de Platon. Llamáronse académicos los sectarios de este por los jardines de Academo donde enseñaban; y tuvo por primer sucesor á su sobrino Speusipo, después á Jenócrates, no ménos estimable por su talento que por sus virtudes, que permaneció fiel á la democracia y supo resistir igualmente á la cólera y á la generosidad de los reyes de Siria. Palemon, Grantor y Crátes siguieron esta escuela; pero ya se había alterado, plegándose en la moral al bienestar de los Aristotélicos, y á la satisfacción hábil de egoístas inclinaciones. En la parte teórica, aunque conservaba el dogmatismo práctico, se separaba de él en varios puntos, y parece que no contento el mismo Jenócrates con las facultades intelectuales, repartió el criterio entre ellas y el sentido corporal, según eran intelectuales ó sensibles las cosas en que había de ejercerse el juicio.

Academia nueva. 211. Arcesilao de Pitana en Eolia, elocuente filósofo, buen matemático, lógico sutil, dirigió su agudeza á buscar el lado débil de las diferentes filosofías, en las cuales estaba instruido á fondo, y trató de reformar el sistema de Sócrates, no solo con el objeto de destruir el error y hacer triunfar la verdad, según había querido hacer el maestro de Platon, sino para introducir un excepticismo más atrevido y docto que el pirrónico. Pirron admitía el principio controvertido, á lo ménos como apariencia; pero él sostenía que de nada puede adquirirse una convicción íntima; si el sabio, decía, celebra una idea, la cree; y en atención á que el creer es propio de necios, dedúcese de aquí que el sabio, cuyo punto de mira es la tranquilidad del ánimo, debe abste-

(1) ATENEO, XIII, 64.

nerse de prestar su asentimiento á cosa alguna. Combatía poderosamente con las gracias de la elocuencia y el vigor de la dialéctica á los estoicos, aunque no los condenaba; pues por lo mismo que era escéptico, toleraba á los demás. Sus discípulos únicamente daban crédito á lo que él había afirmado: elogio que cede en desdoro de aquel siglo.

Carneades fué el más ilustre de ellos, el cual enseñaba que la verdad no tiene un carácter indeleble que la haga conocer, por ser ilusorias las sensaciones que suministran la materia de los conocimientos; que si existe una verdad absoluta, está fuera de los límites de la inteligencia humana, no pudiendo el hombre concebirla; y que por lo tanto, nuestros pensamientos y acciones se fundan puramente en la verosimilitud.

Su lucha con Crisipo excitó más interés que un acontecimiento político. Sostenía este último el estoicismo, valiéndose de las propias armas con que lo atacaba la nueva Academia: la dialéctica y la elocuencia; pero Carneades le preguntaba: *¿Un grano de trigo es un monton? — No. — ¿Y dos? — No. — ¿Y tres? — Tampoco.* Así continuaba uno á uno, hasta conducir á su adversario al punto en que había granos bastantes para formar un monton (1); y deducía de aquí que las ideas relativas carecen de sentido, no pudiéndose señalar el límite exacto entre lo grande y lo pequeño, lo mucho y lo poco, lo claro y lo oscuro. No sabía Crisipo qué contestar á este argumento; ni encontraba para sostener la realidad de las ideas y de los conocimientos objetivos otra arma más que el sentido común; por lo cual Carneades triunfante se burlaba de él, y concluía insistiendo en la imposibilidad de decidir sobre nada.

Enviado á Roma de embajador con el estoico Diógenes y el peripatético Critolao, quiso allí dar pruebas de su prodigiosa facilidad en sostener el pro y el contra, argumentando un día en favor de la justicia, y en contra al siguiente, y sosteniendo que el hombre es egoísta por naturaleza, inclinación inconciliable con la justicia; que las palabras justo é injusto habían sido siempre sinónimos de útil y dañoso, y que el vulgo califica las más de las veces de insensato al que ejecuta con perjuicio propio una acción justa, mientras que considera como sabios á aquellos que obran inicuaemente, pero con pro-

(1) Monton se llama en griego *σωρος*, de donde le viene el nombre de *sortes* á este modo de argumentar.

Atribúyese este sofisma también á Eubúlides de Mileto, que queriendo demostrar que cualquiera idea experimental da lugar á dificultades insolubles, opuso á los peripatéticos siete sofismas: el monton, el mentiroso, el oculto, el electro, el velado, el cornudo y el calvo. Pero el oculto, el velado y el electro son idénticos y se formulan de la siguiente manera: *¿Conoces á tu padre? — Sí. — ¿Conoces á esta persona velada? — No. — Esta persona velada es tu padre; luego le conoces y no le conoces al mismo tiempo.* El monton y el calvo son también una cosa sola. El mentiroso se construye así: *Uno miente y dice que miente: ¿miente ó no? Miente, según la hipótesis: no miente, porque dice la verdad. Luego miente y no miente.* El cornudo es como sigue: *El que no ha perdido una cosa la tiene: vos no habéis perdido los cuernos; luego tenéis los cuernos.*

vecho de su persona. Asustaron á Catón el censor tales doctrinas, é hizo decretar por el Senado la pronta salida de Roma de los tres embajadores, para que no se resintiera la moral pública. No consiguió, sin embargo, desterrar la mala semilla; y el sucesor de Carnéades, Asdrubal el Cartaginés, que mudó su nombre en el de Clitomaco, dedicó dos de sus obras al poeta Lucilio y al cónsul Censorino (1), vengando á su patria y á su maestro con introducir en Roma el escepticismo dogmático.

128. Filón de Larisa, su discípulo, demostró que la lógica no resuelve ningún problema de filosofía ni de matemáticas, sino que sirve solamente para deducir la legítima consecuencia de ciertas premisas, lo que no le da sino un valor hipotético. Pero sus convicciones no eran profundas y exclusivas, y mas bien propendía al eclecticismo, aproximándose á los estoicos, á quienes se unió despues enteramente Antíoco de Ascalon.

100. Tuvo el liceo por jefe, despues de Teofrasto, á Estratón de Lampsaco, el cual identificaba á Dios y la naturaleza por medio de un panteísmo ilustrado; con tal rapidez se habian arraigado las ideas inmorales en la escuela de Aristóteles. Dicearco de Mesina negaba la existencia del alma, y Aristóxenes, como músico que era, la comparaba á una especie de armonía resultante de cierta combinacion de elementos y movimientos del cuerpo. Entregáronse algunos tambien á la política; Antígono regaló un legislador peripatético á los de Megalópolis, que no consiguió sin embargo apaciguar las discordias, y Mitridates confió al jefe de los peripatéticos el encargo de oprimir á Atenas; de modo que esta tuvo que mirar á Sila como un libertador.

Peripatéticos. 280. Con este último pasaron aquellas doctrinas á Roma; pero lograron mejor éxito y dañaron mas las de Epicuro, que sentando por base de la moral el ser feliz, y por principal condicion para ello la tranquilidad del alma, no podian hermanarse con el cuidado de los intereses políticos, con el tempestuoso patriotismo, ni aun con los afectos domésticos, manantial de tantos padecimientos. Por eso causaron tan gran mal entre los Griegos, disgustados ya de los negocios públicos en vista de las desventuras que afligian á su patria; y así los Beocios como los Atenienses, cuando mas hubieran necesitado de esforzados pensamientos y acciones generosas, se entregaban á los placeres de la mesa, asociándose, no para la comun defensa, sino para divertirse, y al morir dejaban una parte de sus bienes con destino á costear banquetes anuales. Era, pues, urgente para los hombres de Estado el reprimir á los epicúreos: Lisímaco los echó de Macedonia, los Mesenios decretaron su destierro, Roma los despidió, y hasta la misma Atenas acabó por expulsarlos (2); pero el torrente de las malas costumbres hacia inútiles decretos,

(1) CICERÓN, *Quest. acad.*, III, 21, 22.

(2) V. ATENEÓ, V, 2, XII, 68, XIII, 92, V, 56.

y los epicúreos reaparecian por todas partes, en gran número y poderosos. Algunos de ellos llegaron por último á ser tiranos, como sucedió á Lisias en Tarso; y otros ostentaban su espíritu sarcástico y su descarada impiedad en los gabinetes y mesas de los príncipes, como en la de Pirro, donde oyéndoles Fabricio, deseó que los enemigos de Roma se conformasen siempre con tales doctrinas.

Sexto Empírico perfeccionó el pirronismo mediante su vasta erudicion, mostrando el modo de aplicarlo á todas las ciencias y á los sistemas anteriores. Nos quedan de él las *Hipotiposis pirrónicas*, y el libro *Contra los matemáticos*, precioso por las noticias que contiene del estado de las ciencias en su tiempo, y que expone con la leal franqueza de un hombre que las ha estudiado á fondo. Ni solo contra el dogmatismo teórico se dirigian las armas de los escépticos, sino tambien contra la moral, minando así sus cimientos.

El sentimiento moral encontraba refugio en los estoicos, pero estos colocaban al sabio á tal altura, que la generalidad de los hombres desesperaba de llegar hasta allí, y solo los escuchaba cuando decian á la persona agobiada de padecimientos: *Suicidate*. Sin embargo, los grandes hombres de aquella época y de la siguiente profesaron el estoicismo seducidos por la dignidad de alma y de convicciones que sustentaba. Cleantes y Crisipo lo desarrollaron y perfeccionaron como doctrina. El primero, dotado de una alma hermosa y de un carácter noble, trabajaba durante la noche para ganar el pan y poder escuchar durante el dia á su maestro. Nombrado jefe del Pórtico, buscaba á Dios en todas las cosas; y su magnífico himno á Júpiter prueba claramente que dedujo del panteísmo los atributos esenciales de la Divinidad.

Ya hemos indicado de qué modo hizo Crisipo la guerra á la nueva Academia, la cual si le aventajaba en sutilezas de raciocinio, se quedaba muy atras de él en el terreno de las verdades morales y prácticas. Le ocurrieron felices aclaraciones acerca de la Divinidad, del libre albedrío, del mal físico y moral; explicó las pasiones humanas con la analogía de los males físicos, y refirió todos los actos voluntarios á dos móviles, el placer y la virtud. Sobrepujó á todos sus predecesores, incluso Aristóteles, en la indagacion y manera de exponer los principios del derecho, no viendo en este convenios arbitrarios, sino un efecto de las relaciones necesarias entre criaturas iguales y racionales, y deduciendo de estas dos cualidades el origen de la propiedad y de los deberes sociales (1).

Tambien luchó con la nueva Academia Antipatro, el cual substituyó á los muchos dioses uno solo y eterno. Panecio vivió en Roma, donde contrajo amistad con Escipión el Africano, y adonde llevó el estoicismo, despues de haberlo

(1) CICERÓN, *De finibus*, III, 20.

perfeccionado é ilustrado con los viajes, con la comparacion de los diversos sistemas y con huir de los extremos. Sus discusiones, mas bien que sobre la cuestion de la realidad de los conocimientos, versaban acerca de los deberes del hombre (1), con respecto á los cuales escribió tambien su discípulo Hecaton.

Sin embargo, la conclusion de la guerra que los estoicos y los peripatéticos hacian al escepticismo, no fué efecto de un triunfo, sino del cansancio recíproco, en el cual permanecieron los contendientes hasta que un elemento nuevo les trajo otros gérmenes de vida.

CAPÍTULO XX

Artes del diseño.

Ya en la otra época hemos hecho mencion de los grandes artistas que señalaron el principio de este siglo, para unirlos á los genios que lo immortalizaron. Filón fué encargado por Demetrio Falereo de ensanchar el puerto y el arsenal del Pireo, y dió cuenta de su trabajo al pueblo, el cual admiró no ménos su elocuencia que su maestría. Ideó ademas varios templos y el teatro de Atenas, terminado despues por Ariobarzano, todo de mármol blanco y con muchas de sus gradas apoyadas en la piedra viva de la ciudadela.

Se enriquecian tambien con edificios Seleucia y Antioquía, multiplicándose las obras á causa de la rapidez con que se sucedian los idolos del pueblo ó los triunfos de fáciles bellezas. Antíoco Epifanes iba en persona á los talleres de los artistas para hablar con ellos acerca de las dificultades del arte (2); recibíanlos en tropel los Lágidas: seiscientos envió uno de los Tolomeos á los Rodios, y en las procesiones se llevaban innumerables estatuas.

Alejadría debia ser una maravilla del arte, como que se contó entre las poquísimas ciudades que se edificaron totalmente segun el trazado hecho por Sostrato, el mas célebre arquitecto de la antigüedad, que ademas hizo los terrados y paseos de Gnido, su patria. Cien animales de basalto y de pórfido, obra de los primeros maestros, se veian allí juntos bajo una tienda. Pero los artistas no tenían ya á la vista en Alejadría los admirables modelos de sus antecesores, y tomaban de los que el Egipto les ofrecia cierta rigidez y angulosidad, creyendo acercarse así á la sublimidad de los primeros tiempos.

Añádase á esto, que no consintiendo la perfeccion de las obras maestras anteriores á la nueva generacion la esperanza de igualarlas, inspiraba la temeridad de quererlas superar. De aquí provino la exageracion en las actitudes y

(1) Cicerón declara que le tomó por su principal modelo en esta parte: *Panetius de officiis acutissime disputavit, quem nos, correctione quadam adhibita, potissimum secuti sumus. De off.*, III, 2. En el libro V veremos la desgraciada correccion que hizo.

(2) POLIBIO, XXVI, 10.

en la expresion; lo pulido de las partes sin la grandeza del conjunto; el dibujo tímido, propio de la persona que nada hace sino segun las reglas del arte; el minucioso esmero del que solo considera bello lo que carece de defectos. Así dice con razon Quintiliano (1) que muchos hubieran ejecutado los ornamentos del Júpiter Olímpico mejor que Fidias; pero ¿dónde estaba el alma? ¿dónde la vida? Estos son los mismos síntomas de decadencia que hemos visto ántes en las letras.

Porque debilitados los vínculos que unian á la vida política con el arte, y habiendo cesado este de ser una parte necesaria del Estado, entraba en el dominio privado, esto es, se obligaba á seguir las variaciones del gusto, el capricho de los comitentes, y á buscar la popularidad por medio de esfuerzos de ingenio, sin ningún objeto elevado. Las maravillas vistas en Asia y en Egipto excitaron la aficion á la magnificencia y á lo colosal, pero para satisfacerla, se salvaron los límites de lo bello; pues aunque la forma era todavia excelente, decaia aquel espíritu interior que alimenta las artes. No eran ya las obras artísticas inspiraciones de la comun creencia, compensadas con la gloria nacional, sino efecto de órdenes de príncipes, adulaciones de pueblos ó competencias de reyes para sobrepujarse unos á otros. Ya en la época de Alejandro no trabajaban los artistas sino por obedecer sus mandatos; el mismo pasaba en su compañía mucho tiempo imaginando raros y costosos dibujos; y no todos tenían valor para decirle como Apéles: *Calla, si no quieres que mi criado se ria de ti*. La pira de Efestion y el carro fúnebre del héroe macedonio son una mezcla de trofeos, proas, leones, guerreros, centauros y sirenas que no puede hermanarse con el buen gusto.

Posteriormente se descendió mas todavia, cuando los edificios no fueron sino pura ostentacion, gravosa al pueblo, que veia perpetuarse así su infancia, y debia pagar con sus bienes los caprichos de los cortesanos. Tolomeo Filadelfo mandó erigir en honor de Cleino muchas estatuas cubiertas de una sencilla túnica, y teniendo en la mano el cuerno de la abundancia; los mas suntuosos palacios pertenecian á Mirtio, Mnésis y Poteina, cortesanas; y un magnífico sepulcro á orillas del mar recibió las cenizas de Estratónice, una de aquellas desgraciadas á quienes Alejandro llamaba *dicterizadas* (2). No solo á los amigos y al caballo de Alejandro, sino tambien á una cortesana elevó Harpalo un templo en Tarso, y otro monumento en el camino que conducia de Atenas á la sagrada Eléusis. Lamia, famosa cortesana, edificó un pórtico en Sicione con el dinero que habia ganado obscenamente construyéndose otro en Megalópolis con el producto

(1) *Instil.*, oral, II, 3.

(2) ATENEÓ hace mencion de algunas en el lib. XIII. Véase tambien á POLIBIO, XIV, 11 (*).

(* Véase la segunda nota del traductor, pág. 465.

(N. del T.)

de los últimos tres mil ciudadanos de Esparta, vendidos por Filopémenes: el rey de Bitinia amenazaba á los Bizantinos con su cólera si no le erigían estatuas; los Rodios colocaron en el templo de Minerva un coloso de treinta codos de altura, en honor del pueblo romano; homenaje tributado por el miedo á la fuerza extranjera: Aténas prodigaba simulacros á reyes, favoritos, adivinos, cortesanos y bufones; y luego como pareciese poco el mármol, se vaciaron en oro las imágenes de Demetrio Poliorcetes y de su padre Antígono. Pero ¿qué son las bellas artes sin el efecto moral?

Sin embargo, la escultura y la pintura necesitan ménos de los recursos de un grande Estado, porque pueden cultivarse sin poderosas protecciones. Colócase en la época de los primeros sucesores de Alejandro el Toro Farnesio, obra de Apolonio y Taurisco, y el Hércules Farnesio, de Glicon, como también el admirable grupo de Laoconte. El coloso de Ródas, obra de Cáres, discípulo de Lisipo, debía ser mas sorprendente que bello, ejecutado como estaba en proporciones enormes y con las piernas abiertas, á la entrada del puerto de Ródas, de manera que las naves á toda vela pasaban por debajo. El hijo de Praxiteles esculpió en Pérgamo los dos luchadores. Sicilia produjo el célebre grupo en que Siracusa corona á Ródas; y conservó en sus medallas cuños de extremada elegancia. Cítanse además á Anteo, Calístrato, Policles, Ateneo, Calixenes, Pitócles, Pítias, Timócles y Metrodoro; pero estos se alejaban ya del genio antiguo, ateniéndose demasiado al arte, á la exactitud minuciosa que empobrece el estudio y renuncia á las grandes inspiraciones. Hasta Lisipo, el único por quien quiso dejarse retratar Alejandro, había descendido de la reproducción de los dioses á la de los hombres, y era encomiado principalmente por la fidelidad de la imitación.

Las escuelas de Corinto y de Sicione debieron decaer á consecuencia de las guerras; pero aun antes que la espada de Roma cortase la corola á aquella gloriosa planta, ya estaba desmejorada. Habían sustituido las imitaciones demasiado serviles de la naturaleza á las grandes composiciones, y lo gracioso había sucedido á lo bello, hasta entre los pintores de mas nombradía. Pausias de Sicione hacía pequeños cuadros, retratos de niños, y flores que competían con las verdaderas. Otros representaban tiendas de barberos ó de zapateros, asnos, legumbres, escenas domésticas llenas de verdad, pero asuntos muy distantes de las grandes concepciones de Polignoto y Apéles. Cuando se quiso en Aténas pintar á los antiguos legisladores, hubo que recurrir á pinceles extranjeros (1). En Pérgamo no se hacía otra cosa sino reunir cuadros, comprándolos á los saqueadores de Sicione y de otras ciudades griegas. Caricaturas, parodias, juegos de luz, todo era fruto de la sensualidad ó del

(1) PAUSANIAS, *Atica*, 3.

capricho. Los aplausos prodigados á Galaton, que pintó á Homero vomitando, y á los demas poetas recogiendo lo que arrojaba, indican el gusto reinante á la sazón en Alejandría (1). Y así como la poética y la retórica de Aristóteles no retardaron ni un solo dia la decadencia de la literatura, del mismo modo los libros de Apéles, de Palemon y de otros varios no fueron parte á impedir la del dibujo.

La afición á las piedras esculpidas y á los camafeos provino de Oriente, y en aquel siglo se vieron algunos de gran precio entre estos últimos. Introdujose el uso del mosaico para los pavimentos de los grandes palacios. Las monedas de los reinos de Macedonia y de Sicilia perdieron algo de su hermosura; pero no queremos dejar de mencionar un paso dado por la numismática, importantísimo para la historia. Una vez introducido el uso de la moneda acuñada, se reservaron los gobiernos el privilegio de imprimir en ella un sello legal, que asegurase su título y su peso. Consistía generalmente en la efigie del dios tutelar ó en sus emblemas, ó bien en los símbolos de los pueblos y de las ciudades; añadiendo á veces ó el retrato de algun ciudadano ilustre (2), ó el nombre del mismo pueblo, ó el de los magistrados en cuya época era acuñada, ó el del rey en los países monárquicos. Los reyes persas mandaron acuñar monedas de oro y de plata en las ciudades griegas del Asia (*darios*) con el busto de un arquero; los Macedonios ponían en las suyas una cabeza de Hércules; pero cuando Alejandro creció en gloria, se sustituyeron sus contornos á los del dios. Desde entónces el sello de las monedas representó al príncipe reinante; é imitaron el ejemplo de Macedonia los reyes del Bósforo, del Ponto, de la Tracia, de los Armenios, de los Partos, todos en fin, de manera que los numismáticos han podido inferir de ellas los retratos de los diferentes soberanos (3).

CAPÍTULO XXI

Civilización de los Romanos.

Ocupada Roma hasta entónces en defenderse y triunfar, había pensado poco en cultivar el entendimiento; sumidos los nobles en su orgullo y la plebe en sus miserias, miraban con igual desden todo lo que no fuese fuerza material; y cuando el empuje de sus conquistas los llevó hasta tocar en la Magna Grecia y la Grecia propiamente dicha, debieron de excitar en los vencidos un sentimiento análogo al que excitaron en los Bizantinos los toscos Europeos en

(1) ELIANO, *Hist. varia*, XIII, 22.

(2) Los de Mitilene el de Safo, varios pueblos el de Homero; uso que siguieron también con frecuencia los Romanos en tiempo de la república. Véase nuestra ARQUEOLOGÍA.

(3) Pueden consultarse especialmente los trabajos hechos acerca de la numismática y la iconografía de los reyes por M. Vaillant, aunque ha confundido á menudo los homónimos y alterado los contornos, al aumentar el tamaño de las pequeñas figuras de las medallas. Eckel es preferible.

la época de las Cruzadas. La ignorancia de los Romanos no aparece tan probada con lo que sucedió á Mummio en Corinto (1), como con lo que refiere Plinio á propósito de los relojes (2); esto es, que no los tenían de ninguna clase, y que elregonero anunciaba el medio día y la última hora, hasta que M. Valerio Mesala llevó de la conquistada Catania un gnomon solar, que mandó colocar cerca de los rostros. La diferencia de latitud y el hallarse situado á la ventura, contribuyeron á que no sirviese de nada, y sin embargo, trascurrió un siglo antes de construirse otro mejor. Posteriormente introdujo el censor Escipion Násica el reloj de agua.

Al nombre de los Escipiones va unida la idea de los primeros y mas solícitos cuidados que se emplearon para civilizar á los Romanos, y de la protección dispensada á los literatos que vinieron de la Magna Grecia. Livio Andrónico de Tarento, conducido en calidad de esclavo por Livio Salinator para que educase á sus hijos, fué el primero que puso en escena una acción, el año antes de que naciera Ennio, y compuso un himno que debía cantarse por veintisiete doncellas. Tradujo también del griego la *Odisea* y diez y nueve tragedias, de las cuales solo han llegado á nosotros algunos fragmentos. Cneo Nevio, natural de Campania, describió en verso la primera guerra púnica, y se dijo que su poema agradaba como una estatua de Miron.

Quinto Ennio, *de ingenio grande y de arte grosero* (3), natural de Rudia en Calabria, sirvió como centurion en los ejércitos romanos de Cerdeña, donde le conoció Catón el mayor, quien lo condujo á Roma. Allí enseñó el griego á algunos jóvenes patricios y se captó el afecto de los principales ciudadanos: Fulvio Nobilior hizo que se le concediesen por un decreto los derechos de ciudadanía, y Escipion el Africano le llevó consigo en sus expediciones. Citábasele con grande elogio porque conocia las lenguas griega, latina y osca; pero se vituperaba su carácter orgulloso y cáustico. Además de traducir del griego la *Hecuba* y la *Medea* de Eurípides y otros dramas, un poema de Epicarmo y el libro de Evemero contra los dioses, dotó á Roma con un poema titulado: *Anales romanos*, que por mucho tiempo se continuó leyendo en público, y con otro en honor de Escipion. Quintiliano le compara á un bosque, venerable por su antigüedad, cuyas elevadas encinas inspiran mas respeto que agrado á la vista. Los fragmentos que de él nos quedan, indican que fué austero republicano y leal amigo.

Atribúyesele la invención de la sátira. Cuando los Griegos querían ridiculizar á alguna persona, se servían del teatro ó de la epopeya, como en el *Márgis*, atribuido á Homero, ó de la poesía lírica, como en los yambos de Arquíloco, ó de

(1) Véase mas arriba, pág. 729.

(2) VII, 60.

(3) OVIDIO, *Am.*

la forma didáctica como lo verificó Simónides en su poema acerca de las mujeres. Comumente eran objeto de su censura mas bien las personas que los vicios ó las ridiculeces en general, excepto quizá en los *Silos*, que hemos visto citados, pero de los cuales no poseemos datos suficientes para formar juicio. Daban el nombre de sátira á un drama en que representaban el principal papel los sátiros.

La sátira romana, cuyo objeto era corregir las costumbres excitando la risa, empleaba toda clase de metros; y derivó su nombre de una palabra osca, con que se indicaba un plato de toda clase de frutas que se ofrecía por lo comun á Céres y á Baco (1).

También Pacuvio, sobrino de Ennio, escribió sátiras, de las cuales nos quedan solo fragmentos muy escasos. Lucilio, que nació en Suesa en 148 y murió á los 45 años, compuso de ellas treinta libros dándoles formas mas instructivas, proponiéndose directamente la corrección de las costumbres y dando al exámetro cierta libertad y desembarazo que lo hace asemejarse á la prosa.

Es probable que en la época de las vendimias, despues de la siega, para descansar del trabajo y durante la celebracion de las fiestas de Pálas, los antiguos agricultores, hombres robustos y que se contentaban con poco, alegrasen el ánimo y los sentidos con la música y la danza en union de sus hijos, de la fiel consorte y de los compañeros de sus faenas (2), añadiendo cantos, gesticulaciones, y quizá también diálogos; pero no creemos que de tal costumbre proviniese el verdadero arte dramático, que exige una acción una intriga y una catástrofe. Aristóteles, Solino y otros autores de los mas recomendables presentaban á la Sicilia como cuna del arte cómico, de donde lo trasladaron á Aténas Epicarmo y Formion, progresando allí luego hasta el grado que hemos visto; es, pues, muy verosímil que también pasase desde aquel punto al resto de Italia. Al principio se hacían versos, mas bien rítmicos que métricos, llamados *satur-ninos* de la antigua edad fabulosa de Saturno, ó *fesceninos* de Fescenia, donde eran muy usados en la sátira y se les reputaba toscos é informes. Por miserables que hayan sido, desmienten ya aquellos ensayos el origen griego y tardío que Horacio supone á la literatura romana, cuyo nacimiento coloca despues de la ocupacion de la

(1) Por esto se llamaba *lex satira* á una ley que abrazaba varios títulos: y estaba prohibido hacer votar al pueblo por *saturam*, es decir, sobre distintas proposiciones á la vez. Diomedes define así la sátira: *Satira est carmen apud Romanos, nunc quidem maledictum et ad carpenda hominum vitia archæ comedie characteris compositum, quale scripserunt Lucilius, Horatius et Persius, sed olim carmen, quod ex variis poematibus constabat, satira dicebatur, quale scripserunt Pacuvius et Ennius.*

(2) *Agricolæ prisci, fortes parroque beati, Conditæ post frumenta, levantes tempore festo Corpus et ipsum animum, spe finis dura ferentem Cum sociis operum pueris et conjugè fida, Tellurem porco, Silvanum lacte piabant*

HORACIO, *Ep. II, 1.*